

Introducción a la semana

El lunes, día 1, la Iglesia celebra la solemnidad de Todos los Santos. Como día que es de precepto, la Palabra de Dios y los comentarios se ofrecen en la sección Homilética.

El martes conmemoramos a los fieles difuntos. La visita a los cementerios del día anterior deja un tanto debilitada la celebración litúrgica de este día. Lo que pretende esta conmemoración es afirmar la unidad dentro de la Iglesia de aquellos que han dejado este mundo. Esa unidad exige unir nuestra oración por ellos. El martes se celebra la memoria de san Martín de Porres. Para los dominicos tiene carácter de “fiesta” con lecturas propias. Es el simpático “fray Escoba” cuya devoción es tan entrañable, patrón de oficios tan sencillos como indispensables, el de la limpieza de pueblos y ciudades, el de peluquero, ejerciendo los cuales se santificó. En contraste con este santo humilde al día siguiente se recuerda a San Carlos Borromeo, de ilustre familia, cardenal de la Iglesia, arzobispo de Milán, al que se le venera de manera especial en los seminarios por haber aplicado las decisiones de Trento sobre la formación de presbíteros.. Respecto a las lecturas de los días que nos las tienen propias, la primera lectura está tomada de la entrañable carta a los Filipenses. Cristo es el objeto de esa carta, por él Pablo entendió despreciable sus puras raíces judías para poner su mente y corazón en Cristo. Los textos evangélicos son palabras de Jesús dirigidas a diversas personas: a los que están sentados a su misma mesa, a los discípulos, a los publicanos y pecadores en presencia de los fariseos, a la gente. Textos cargados de verdades evangélicas.

Lun

1 Nov

Homilía de Solemnidad de Todos los Santos

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“La salvación es de nuestro Dios...”

Introducción

La festividad de Todos los Santos tiene honda raigambre familiar. El pueblo cristiano, la gente sencilla, los fieles de a pie... se sienten muy identificados con esta fiesta. Otras fiestas son de otros santos; ésta es de los nuestros. Esta es la fiesta propia. En ella se reivindica la santidad de nuestros antepasados, de los abuelos, de los padres, de nuestros mayores. Quizá por esto está pegada al Día de Difuntos.

Es el reconocimiento de una multitud inmensa de santos anónimos, no canonizados pública y oficialmente, pero cargados de vida evangélica, de experiencia de Dios, de sentimientos y obras de caridad y misericordia, de compromisos sostenidos con la justicia y la solidaridad especialmente con los más pobres y necesitados. Es el reconocimiento de la santidad presente en tantas personas que han reflejado en su vida el rostro de Dios, el hacer de Dios Padre de Jesús. No han tenido vidas noticiables. No han realizado obras espectaculares. No han hecho milagros. Han sido personas normales y corrientes: amas de casa y madres de familia, campesinos y obreros trabajando para sacar adelante la familia, religiosas o religiosos humildes en porterías conventuales o en puesto de misión, agentes de caridad y justicia, niños inocentes y a veces personas con vidas complejas y convulsas. Es la santidad dispersa y arraigada en la vida de cada día.

Esta fiesta nos obliga a revisar nuestras ideas sobre la santidad. Nos obliga a recuperar la memoria perdida de tanta santidad escondida detrás de esas vidas anónimas, que, según el Apocalipsis, son millones y millones. Es una fiesta propicia para renovar la profesión de fe en la comunión de los santos.



Fr. Felicísimo Martínez Díez O.P.
Convento Ntra. Sra. del Rosario (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 7, 2-4. 9-14

Yo, Juan, vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar diciéndoles: «No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que sellemos en la frente a los siervos de nuestro Dios». Oí también el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel. Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!». Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y adoraron a Dios, diciendo: «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén». Y uno de los ancianos me dijo: «Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?». Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabrás». Él me respondió: «Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

Salmo

Salmo 23, 1-2. 3-4ab. 5-6 R/. Esta es la generación que busca tu rostro, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. R/. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. R/. Ese recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Este es el grupo que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 1-3

Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocíjao, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».

Pautas para la homilía

La palabra “santidad” está desterrada del vocabulario civil o apenas tiene ya significado en él. Para la mayoría de las personas porque está asociada a vidas extrañas, comportamientos raros y hasta inhumanos, milagros inasequibles y a veces inútiles... Para esas personas el tema de la santidad es extraño e intrascendente. Aun se utiliza a veces la expresión “es un santo”. Se dice de las personas que no tienen doblez ni retranca, que son justas, bienintencionadas y transparentes en sus palabras y en sus acciones, compasivas y misericordiosas, pacíficas y pacificadoras... A eso no se le llama sólo un buen comportamiento; a eso se le llama ser buenos de raíz, ser humanos a carta cabal. Pero apenas se relaciona esa santidad con la experiencia religiosa.

Si el término “santidad” ha desaparecido del vocabulario civil, quizá sea porque con el tiempo la santidad se desacreditó o fue sometida a numerosos malentendidos que es preciso deshacer.

La santidad oficial en la Iglesia quedó asociada a vidas heroicas y milagros espectaculares.

La inmensa mayoría de los cristianos se sienten distantes de estas metas. Las consideran propias de los santos canonizados, de la santidad que se ha puesto como regla y modelo para los fieles. Pero Dios, que mira en lo profundo, quizá nos invita en esta fiesta a considerar la otra cara de la santidad, la más genuina, aquella que brota del bautismo cristiano, aquella que explica que en la Iglesia primitiva todos cristianos fueran llamados “santos”. Es una especie de santidad anónima, escondida en la vida ordinaria de las personas, encarnada en una existencia vivida con mucha fe y mucha humanidad. Es una santidad que da de sí sentimientos y actitudes de misericordia y compasión, que se concreta en obras de justicia, caridad y solidaridad. Porque así es Dios, el Dios cristiano, así actúa Dios y así quiere que sean y actúen quienes creen en él. Así es la santidad de Dios y así se refleja en sus santos. A estas personas están dirigidas las bienaventuranzas evangélicas.

La santidad quedó demasiado asociada a la conducta moral, a las virtudes heroicas, a la capacidad de sacrificio, a la perfección moral.

Pero las raíces de la santidad cristiana están más abajo, y tienen que ver con experiencias más teologales: las experiencias de fe, de esperanza y caridad. Esta santidad es compatible incluso con la fragilidad humana, con nuestra vulnerabilidad, incluso con la debilidad moral. Porque no es lo mismo portarse bien (perfección moral) que ser bueno (perfección humana y teologal). Bienvenido sea el buen comportamiento y la perfección moral, pero, si no son bien administrados, también pueden conducir a un cierto fariseísmo, a la dureza de corazón, a la intolerancia, a la amargura. Ser bueno —o ser justo y santo en el vocabulario cristiano— es otra cosa: es tener un corazón sano, misericordioso y compasivo, libre de raíces amargas, limpio de sentimientos inhumanos. De esto nos hablan las bienaventuranzas evangélicas. Charles de Foucauld decía que su única misión en la vida era “ser bueno”. Esta bondad de raíz es tan exigente que Jesús mismo llegó a afirmar: “sólo Dios es bueno”. Nuestra bondad es siempre una modesta participación de esa bondad de Dios. Nuestra santidad es sólo un modesto reflejo de la santidad de Dios, el único Santo.

La santidad quedó demasiado asociada a los méritos de los santos.

Se llegó a presentar como resultado del esfuerzo y de la conquista humana. Pero no, la verdadera santidad cristiana es una gracia, es la obra que Dios hace gratuitamente en nosotros. Para que esta acción gratuita de Dios opere la santidad en nosotros, es preciso acogerla agradecidamente y ejercitarla responsablemente. Sólo Dios es santo, el tres veces Santo, el Santísimo. Su santidad es mucho más que un perfecto comportamiento moral con su creación, con sus creaturas. Su santidad es su mismo ser. Nuestra santidad es simplemente el reflejo de la gloria divina en nosotros, lo que Dios va poniendo en nosotros de bondad, de benevolencia, de misericordia. Nuestra santidad es el reflejo del esplendor divino en nosotros. Es el resultado de la benevolencia de Dios hacia

nosotros, del amor con el que Dios nos mira. No hallamos gracia a sus ojos por nuestros méritos, sino por su benevolencia, por su mirada misericordiosa. Esta mirada y esta acción de Dios sobre nosotros es lo que pone en nosotros santidad. Por eso la santidad no es nuestra, es de Dios. Lo más que nosotros podemos hacer es dejar que la santidad de Dios se refleje en nosotros, que actúe en nosotros. Pero en todo caso, la santidad es gratuita, es un don de Dios, es la acción del Espíritu Santo sobre las personas.

De esta santidad han participado y se han nutrido todos los santos que recordamos y celebramos en esta festividad.

“Bienaventurados los pobres de espíritu..., los sufridos..., los que tienen hambre y sed de justicia..., los misericordiosos..., los limpios de corazón..., los pacíficos..., los perseguidos por causa de la justicia...” (Mt 5, 1-12)



Fr. Felicísimo Martínez Díez O.P.
Convento Ntra. Sra. del Rosario (Madrid)

Evangelio para niños

Solemnidad de Todos los Santos - 1 de noviembre de 2010

Las bienaventuranzas

Mateo 5, 1-12a

Evangelio

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó y se acercaron los discípulos; y él se puso a hablar enseñándolos: - Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Explicación

En esta fiesta recordamos a todas las personas que desde el comienzo del mundo hasta hoy, han vivido con amor y cariño para todos, esforzándose por hacer felices a los demás. Esos son los amigos de Dios. Y le damos gracias a Dios en este día por todo el bien que a través de ellos hemos recibido. Ahora viven felices al lado de Dios Padre y nos esperan para reunirse con ellos.

Mar

2

Nov

2010

Evangelio del día

[Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

Hoy celebramos: **Conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de Noviembre)**

“Veré a Dios, mis propios ojos lo verán ”

Primera lectura

Lectura del libro de Job 19,1.23-27a:

Respondió Job a sus amigos: «¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro y en plomo se escribieran para siempre en la roca! Yo sé que está vivo mi Redentor, y que al final se alzaré sobre el polvo: después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán.»

Salmo de hoy

Salmo 24 R/. A ti, Señor, levanto mi alma

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. R/.
Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.
Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados. R/.
Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado de haber acudido a ti.
La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en ti. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3,20-21

Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 11, 17-27

Cuando Jesús llegó a Betania, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania distaba poco de Jerusalén: unos tres kilómetros; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darles el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: - Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Jesús le dijo: - Tu hermano resucitará. Marta respondió: -Sé que resucitará en la resurrección del último día. Jesús le dice: - Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto? Ella le contestó: -Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Veré a Dios, mis propios ojos lo verán”

Los hombres de todos los tiempos y de toda condición, grandes pensadores y personas sencillas y anónimas, han dado vueltas y vueltas, con la cabeza, con el corazón, en torno a nuestro destino último. Las dos respuestas posibles nos las conocemos. Primera: todo se acaba con la muerte. Segunda: hay vida después de la muerte porque la persona humana es inmortal.

Los cristianos nos apuntamos a la segunda respuesta y, por eso, celebramos hoy el triunfo final de todos los fieles difuntos. ¿En qué nos basamos para ello? Hay un primer dato que bien podemos calificar de universal. El deseo de felicidad, de una vida plenamente feliz, recorre el corazón de todo hombre. No hace falta ahondar mucho en nuestra alma para encontrar en ella este deseo. Nos gustaría vivir siempre, pero no de cualquier manera, no como vivimos ahora donde la luz y las tinieblas se mezclan, donde la alegría y los dolores están entrelazados. Nos gustaría vivir disfrutando continuamente de la plena felicidad, donde todo lo negativo, eso que ahora nos hace sufrir, desapareciera para siempre. Nos gustaría vivir así, no 20, 30, 100 años, sino durante toda una eternidad.

Pero nuestro fundamento fuerte para afirmar la existencia de esa vida eterna y plenamente feliz, está en una Persona, está en Cristo Jesús, nuestro Maestro y Señor. Él ha venido de parte de Dios, su Padre para asegurarnos que ese anhelo de inmortalidad, que inunda nuestro interior, se va a ver satisfecho, porque nuestro buen Dios nos va a regalar la vida plenamente feliz después de nuestra muerte. “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá: y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre”.

Nosotros, somos los que nos fiamos de Jesús. “Sé de quien me he fiado”. Después de todo lo que ha hecho y sigue haciendo en nosotros y por nosotros, con el apóstol Santo Tomás, le decimos: “Señor mío y Dios mío”, y nuestro corazón seducido se atreve a gritar: “Veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán”. Nuestra vida acaba bien, tiene un final feliz, y por toda la eternidad.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Hoy es: Conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de Noviembre)

Conmemoración de todos los fieles difuntos

Síntesis teológica de la celebración

El sentido pascual de la muerte de los fieles es muy evidente y su luz se debe reflejar en los formularios y en la piedad de los fieles ante la celebración de la conmemoración de los difuntos.

La fe de los cristianos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y en su acción creadora, salvadora y santificadora, culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al final de los tiempos para la vida eterna. Por ello los justos, después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado, cuando él los resucitará en el último día.

Efectivamente, como afirma San Pablo, si el Espíritu de aquel que ha resucitado a Cristo de los muertos habita en nosotros, así aquel que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, dará la vida también a nuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu que habita en nosotros. Cristo es el principio y causa de nuestra futura resurrección (cf. Rm 8, 11; ICo 15, 20-22; 2Co 5, 15).

Dios, que de hecho puede crear de la nada, puede también dar la resurrección, la vida del cuerpo, pues es él mismo el que da la vida a los muertos y llama a la existencia lo que todavía no existe (Rm 4, 17; Flp 3, 8-11).

La Iglesia, ya desde sus mismos orígenes, vive con la convicción de su comunión con los difuntos y por ello ha mantenido con gran piedad la memoria de los difuntos, ofreciendo por ellos sus sufragios. Esto se afirma ya en el Antiguo Testamento: Es una idea piadosa y sana rezar por los difuntos para que sean liberados del pecado» (2M 12, 45).

Nuestra oración por ellos se actúa especialmente por el ofrecimiento del sacrificio de la Eucaristía (CM', n. 1371). También son sufragios las limosnas, las obras de penitencia y las indulgencias, que tienen su eficacia a partir del ministerio de la Iglesia, cuando aplica en casos concretos los méritos o satisfacción de Cristo y de los santos (CIC, nn. 1471, 1476).

De esta forma la Iglesia puede no sólo ayudar a los difuntos, desgravándoles de la pena temporal debida por los pecados para que puedan llegar a la visión beatífica de Dios, sino también hacerlos eficaces intercesores por los que aún viven (CIC, nn. 958, 1032, 1414, 2300).

De hecho, la comunión de los que aún «peregrinan» en la tierra («parroquianos») con los fieles que han muerto en la paz de Cristo, no sólo no se rompe, sino que, conforme a la fe perenne de la Iglesia, se consolida en la comunicación de bienes espirituales.

La fe ante la muerte no incluye solamente el hecho de que se puede ayudar a los difuntos que están todavía purificándose antes de poder entrar en la visión beatífica, sino que debe recordar fuertemente la venida final de Cristo glorioso y nuestra resurrección corporal.

En ese «momento» se llevará a cabo la restauración de todas las cosas, como afirman San Pedro y San Pablo (IIch 3, 19-21; Rm 11, 15) y la resurrección de los cuerpos, y se hará el juicio a los vivos y a los muertos, revelando el secreto de las conciencias y dando, conforme a las obras hechas, la gloria o la condena. Será entonces cuando se forma definitivamente el Cristo total (Ef 4, 13).

El centro de nuestra fe es la resurrección de Cristo y, por lo tanto, nuestra resurrección personal (1Co 15, 12-14.20). La historia de esta afirmación central de la fe cristiana ha tenido una revelación progresiva. Consta claramente en la afirmación del segundo libro de los Macabeos (7, 9-14), que se fundamenta en el hecho de ser Dios creador del hombre todo entero, cuerpo y alma y, asimismo, por su alianza con Abraham y su descendencia, como Dios de vivos y no de muertos (Mc 12, 24.27). Cristo en su buena noticia insiste numerosas veces en que él es la resurrección y la vida (Jn 11, 25).

Es Jesús el que resucitará en el último día a los que han creído en él y habrán participado de su Cuerpo y de su Sangre. Aunque, después de la muerte, el cuerpo se deshaga en el polvo, el alma va al encuentro con Dios.

Dios en su omnipotencia, por la misma fuerza que actuó en la resurrección de Cristo, restituirá nuestro cuerpo definitivamente a una vida incorruptible, uniendo a él de nuevo el alma que lo «espera». Todos los hombres resucitarán, los que hicieron el bien para una resurrección de vida y los que hicieron el mal para una resurrección de condena (Jn 5, 29).

El cuerpo en la resurrección será tal como es el de Cristo resucitado, un cuerpo «glorioso» como el que contemplaron físicamente los apóstoles de Cristo resucitado (Lc 24, 39; ICo 15, 35-37.42.53).

Para resucitar con Cristo es necesario morir con Cristo, es necesario salir del cuerpo, como en exilio, y habitar junto al Señor (2Co 5, 8; Flp 1, 23). Después llegará el día de la resurrección de los muertos.

Es necesario caer en la cuenta de que en el más allá no existe el tiempo tal como se «contabiliza», o se experimenta en la tierra, en nuestro mundo de ahora. Por tanto, por muchos miles de millones de años «nuestros» que esperemos la resurrección corporal, eso no cuenta mínimamente en la felicidad mayor o menor de los bienaventurados en el cielo, ni de los que se purifican en el purgatorio (Santo Tomás, Comm. IV Sent. D. 5, q. 3, a.2. r. 4).

Todo este sentido positivo debe iluminar la conmemoración de los fieles difuntos, y nuestra fe, esperanza y caridad sobre el destino definitivo personal y el de todos los difuntos.

El momento mismo de la muerte de los fieles debe estar lleno de la fe viva de la Iglesia. La Iglesia entrega en las manos de Dios al que va a morir. Los cuerpos de los muertos se tratan con respeto y caridad, por la fe en la seguridad de la resurrección, ya que es el cuerpo de los que son hijos de Dios y templos del Espíritu Santo (CIC; n. 2300).

Igualmente la Iglesia como comunidad saluda y «despide», dice: «Salud» a un miembro suyo antes de su sepultura y lo coloca en el sepulcro o lo entierra (Rin-humareu) en espera de la resurrección. El nombre castellano de «cementerio» («coemeterium», en latín), proviene del verbo griego «koimao», «dormir» y significa materialmente «dormitorio», o lugar donde se duerme en espera de la resurrección.

Los fieles nunca más se separarán en el futuro, porque vivirán en Cristo y como ahora están unidos a Cristo y caminan a su encuentro, así estarán definitivamente todos unidos en Cristo. La muerte es nuestro encuentro con el Dios viviente. Los que han muerto en Cristo viven para siempre (CJC, nn. 1609, 2299-2300).

Antolín González Fuente, O.P.

Mié
3
Nov
2010

Evangelio del día

[Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío ”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 2, 12-18

Queridos hermanos, ya que siempre habéis obedecido, no solo cuando yo estaba presente, sino mucho más ahora en mi ausencia, trabajad por vuestra salvación con temor y temblor, porque es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor.

Cualquier cosa que hagáis sea sin protestas ni discusiones, así seréis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin tacha, en medio de una generación perversa y depravada, entre la cual brilláis como lumbreras del mundo, manteniendo firme la palabra de la vida. Así, en el Día de Cristo, esa será mi gloria, porque mis trabajos no fueron inútiles ni mis fatigas tampoco. Y si mi sangre se ha de derramar, rociando el sacrificio litúrgico que es vuestra fe, yo estoy alegre y me asocio a vuestra alegría; por vuestra parte estad alegres y alegraos conmigo.

Salmo de hoy

Salmo 26, 1. 4. 13-14 R/. El Señor es mi luz y mi salvación

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? R/.

Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo. R/.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 14, 25-33

En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo:
«Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío.

Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío.

Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, diciendo: “Este hombre empezó a construir y no pudo acabar”.

¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que lo ataca con veinte mil?

Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz.

Así pues, todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío».

Reflexión del Evangelio de hoy

Imaginaos, nos viene a decir el Evangelio hoy, que queremos ser –o seguir siendo- seguidores de Jesús, y tenemos dudas sobre cómo hacerlo... Imaginaos que queremos construir –o seguir construyendo- la torre de la perfección cristiana, y no sabemos exactamente por dónde van los caminos de Jesús en este sentido... Imaginaos que quisiéramos ser santos hoy y buscáramos un modelo para ver y conocer el perfil de la persona santa...

Sin imágenes ni comparaciones nuestras, vayamos al Evangelio y escuchemos a Jesús diciendo: “Si alguno se viene conmigo...” “¿Quién de vosotros si quiere construir una torre...?” Vayamos también a la persona del santo cuya fiesta celebramos hoy, a San Martín de Porres, y encontraremos no sólo el perfil del santo sino los medios a su alcance y el nuestro para lograr lo mismo.

Seguimiento de Jesús y cruces

“En aquel tiempo en que mucha gente acompañaba a Jesús, él se volvió y les dijo”. En este tiempo en que no tanta gente acompaña a Jesús, él se vuelve a cuantos lo hacen o quieren hacerlo y les dice: Si queréis seguirme o seguir siguiéndome, estad dispuestos a abandonarlo todo por mí y por el Reino. Los problemas y dificultades, las cruces, están expresados por tres frases, subordinadas a la frase principal del conjunto: “Si alguno se viene conmigo”, y unidas, al final, por la frase: “Ese no puede ser discípulo mío”.

A quien quiera ser seguidor de Jesús, hoy le recuerda:

1. Que pudiera –en condicional- hallarse en desacuerdo con sus parientes más próximos y deberá, entonces, sacrificar sus legítimos, por otra parte, afectos familiares, por Jesús y por el Reino.
2. Que pudiera –en condicional- tener que posponer su reputación –en casos extremos hasta su propia vida-, porque “el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que dé su vida por mí y por mi causa la salvaré”.
3. Que pudiera –en condicional- tener que renunciar a ganar más, e incluso renunciar a sus bienes materiales: “Vosotros, lo mismo. El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío”.

Qué necesitó San Martín y qué necesitamos nosotros para conseguir acabar bien la obra de nuestra vida

La recomendación hoy de Jesús no es tanto que sepamos lo que queremos, cuanto que sepamos lo que necesitamos para conseguir lo que queremos. No basta querer seguir a Jesús, hay que estar provisto y equipado suficientemente para hacerlo en las hipotéticas condiciones que hemos escuchado. Jesús dijo dos breves parábolas para probar esto: hay que echar cuentas antes de empezar a edificar o cuando se va a declarar la guerra a un enemigo. No sirve sólo el entusiasmo. Se necesita, una vez más, que la prudencia se imponga para evitar tanto la timidez como la irreflexión.

Esto es lo que hizo Martín de Porres, el santo dominico que brilló en el siglo XVI por su amor samaritano. En medio de incomprensiones y desprecios, supo encontrarse, como el samaritano del Evangelio, con enfermos y marginados. Como no poseía cabalgadura ni dineros, se entregó a sí mismo a ellos. Cuentan que la portería del convento de los dominicos de Lima parecía más un centro de acogida que la entrada a un monasterio. Así se santificó. Y así se ofrece hoy a nosotros como modelo de los que queremos saber más sobre lo que necesitamos para alcanzar la santidad.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Jue
4
Nov
2010

Evangelio del día

[Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“Habrà alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3, 3-8a

Hermanos:

Los circuncisos somos nosotros, los que damos culto en el Espíritu de Dios y ponemos nuestra gloria en Cristo Jesús, sin confiar en la carne. Aunque también yo tendría motivos para confiar en ella. Y si alguno piensa que puede hacerlo, yo mucho más: circuncidado a los ocho días, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable.

Sin embargo, todo eso que para mí era ganancia, lo consideré pérdida a causa de Cristo. Más aún: todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.

Salmo de hoy

Salmo 104, 2-3. 4-5. 6-7 R/. Que se alegren los que buscan al Señor

Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas.
Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor. R/.

Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro.
Recordad las maravillas que hizo,
sus prodigios, las sentencias de su boca. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 15, 1-10

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo esta parábola:

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”.

Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”.

Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Todo lo estimo basura para ganar a Cristo”

Pablo, preso por Cristo, sabe del problema que los judaizantes están causando en la Iglesia de Filipos, comunidad a la que, el apóstol, tiene un cariño especial, tanto por ser la primera que formó en Europa como por el carácter noble y sencillo de los filipenses.

En su carta les recuerda que lo importante no es la circuncisión de la carne, sino el culto que los cristianos damos a Dios por el Espíritu. Y que nuestra única gloria es Cristo, de otro modo, Pablo podía gloriarse, más que nadie por su ascendencia judía: judío de nacimiento, circuncidado al octavo día, fariseo, fiel observante de la Ley y orgulloso de su raza, pero desde que encontró a Cristo, afirma: “Nada es comparado con el conocimiento de Cristo, por él lo ha perdido todo, pues “todo lo considera basura con tal de ganar a Cristo”.

Aprendamos de Pablo. A veces, nos fijamos más en la letra de la Ley y en las tradiciones que en lo que es la esencia de la vida cristiana. “El encuentro personal con Cristo”

“Habrá alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta”

Nuevamente, los escribas y fariseos, censuran a Jesús porque acoge a los pecadores. Jesús responde con las parábolas de la misericordia, nos dicen algo inaudito, como el corazón de Dios se alegra perdonando y buscando al pecador antes de que este se arrepienta.

Es el Buen Pastor, el ama de casa, el Padre que acoge...

La conversión y el perdón nacen del descubrimiento del corazón amoroso del Padre y terminan siempre con una celebración festiva, no punitiva.

La búsqueda es personal, pero la alegría del encuentro ha de ser compartida por todos, es Comunitaria. La Eucaristía es el encuentro alegre, fiesta de gratuidad, a la que el amor de Dios nos llama, invita y lleva al gozo al encuentro amoroso con Él y con los hermanos.

Acerquémonos a Él, sabiendo que siempre nos recibe con amor misericordioso.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Vie
5
Nov
2010

Evangelio del día

[Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“Los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz.”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3, 17 – 4,1

Hermanos, sed imitadores míos y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros.

Porque —como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos— hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas; solo aspiran a cosas terrenas.

Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo.

Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

Salmo de hoy

Salmo 121, 1bc-2. 3-4ab 4cd-5 R/. Vamos alegres a la casa del Señor

¡Qué alegría cuando me dijeron:
«¡Vamos a la casa del Señor!»!
Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén. R/.

Jerusalén está fundada
como ciudad bien compacta.
Allá suben las tribus,
las tribus del Señor. R/.

Según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor;
en ella están los tribunales de justicia,
en el palacio de David. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 16, 1-8

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:

«Un hombre rico tenía un administrador, a quien acusaron ante él de derrochar sus bienes.

Entonces lo llamó y le dijo:

“¿Qué es eso que estoy oyendo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque en adelante no podrás seguir administrando”.

El administrador se puso a decir para sí:

“¿Qué voy a hacer, pues mi señor me quita la administración? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa”.

Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero:

“¿Cuánto debes a mi amo?”.

Este respondió:

“Cien barriles de aceite».

Él le dijo:

«Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta”.

Luego dijo a otro:

“Y tú, ¿cuánto debes?”.

Él dijo:

“Cien fanegas de trigo”.

Le dice:

“Toma tu recibo y escribe ochenta”.

Y el amo alabó al administrador injusto, porque había actuado con astucia. Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su propia gente que los hijos de la luz».

Reflexión del Evangelio de hoy

" Somos ciudadanos del cielo ".

S. Pablo, en su carta a los filipenses, nos pone en guardia; quiere que, ante todo, no perdamos de vista nuestra condición de cristianos: “Somos ciudadanos del cielo”. Cristo, con su pasión, muerte y resurrección nos ha granjeado ese derecho de ciudadanía. Nuestra vida ha de estar enmarcada en las virtudes teologales: creer en Dios, porque existe; creer a Dios, que nos habla en su Palabra; esperar en Dios, que nos ama y nos cuida; esperar a Dios, que es nuestra herencia; amar a Dios, con su mismo Amor, que ha sido derramado en nuestro corazón con el Espíritu Santo que se nos ha dado; amarle en Sí mismo y en los hermanos. Todo esto es don de Dios, que hemos de pedir y acoger. Poderoso es el Señor para transformar nuestra condición pobre y limitada. Estamos de camino, y con el salmo responsorial cantamos: “Llenos de alegría vamos a la casa del Señor”.

" Entrégame el balance de tu gestión"

Pronto finalizará el año litúrgico y sería oportuno recoger este aviso: “Entrégame el balance de tu gestión”. El Señor Jesús se lamenta de la falta de interés de los “hijos de la luz”. Y pone como modelo la sagacidad de los hijos de este mundo. No su falta de honradez, su corrupción, sino la previsión por asegurar su futuro, que siempre será fugaz y desilusionante. Si para ellos, aumentar la fortuna, adquirir un puesto en la sociedad, asegurar un éxito, implica supeditar todas sus energías, todos los medios, lícitos o no, ¿cuánto más deben mover a los hijos de la luz los valores del Reino?

Y no se nos pide una renuncia radical a todos los bienes terrenos, sino que intentemos y acertemos a enmarcarlos en la dinámica que nos pide nuestra condición de hijos de la luz, de ciudadanos del Reino, que hemos de hacer visible en este mundo.

Cuidado, no sucumbamos ni retrocedamos ante el cansancio y la rutina, pues nos acecha la comodidad y la tentación del mínimo esfuerzo. Contamos con el Señor Jesús, y el estímulo de sus seguidores.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

Evangelio del día

[Trigésima primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“Todo lo puedo en aquel que me conforta”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 4, 10-19

Hermanos:

Me alegré muchísimo en el Señor de que ahora, por fin, haya vuelto a florecer vuestro interés por mí; siempre lo habíais sentido, pero os faltaba la ocasión. Aunque ando escaso de recursos, no lo digo por eso; yo he aprendido a bastarme con lo que tengo. Sé vivir en pobreza y abundancia. Estoy avezado en todo y para todo: a la hartura y al hambre, a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en aquel que me conforta. En todo caso, hicisteis bien en compartir mis tribulaciones. Vosotros, filipenses, sabéis además que, desde que salí de Macedonia y empecé la misión, ninguna iglesia, aparte de vosotros, me abrió una cuenta de haber y debe. Ya me mandasteis a Tesalónica, más de una vez, un subsidio para aliviar mi necesidad; no es que yo busque regalos, busco que los intereses se acumulen en vuestra cuenta. Tengo lo necesario, y me sobra. Estoy plenamente satisfecho habiendo recibido de Epafrodito vuestro donativo, que es suave olor, sacrificio aceptable y grato a Dios.

En pago, mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza en Cristo Jesús.

Salmo de hoy

Salmo 111, 1b-2. 5-6. 8a y 9 R/. Dichoso quien teme al Señor

Dichoso quien teme al Señor
y ama de corazón sus mandatos.
Su linaje será poderoso en la tierra,
la descendencia del justo será bendita. R/.

Dichoso el que se apiada y presta,
y administra rectamente sus asuntos.
El justo jamás vacilará,
su recuerdo será perpetuo. R/.

Su corazón está seguro, sin temor.
Reparte limosna a los pobres;
su caridad dura por siempre
y alzará la frente con dignidad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 16, 9-15

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:

«Ganaos amigos con el dinero de iniquidad, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas.

El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel; el que es injusto en lo poco, también en lo mucho es injusto.

Pues, si no fuisteis fieles en la riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera? Si no fuisteis fieles en lo ajeno, ¿lo vuestro, quién os lo dará?

Ningún siervo puede servir a dos señores, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero».

Los fariseos, que eran amigos del dinero, estaban escuchando todo esto y se burlaban de él.

Y les dijo:

«Vosotros os las dais de justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, pues lo que es sublime entre los hombres es abominable ante Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Cómo está nuestra cuenta bancaria? En estos días no es difícil encontrar alguien en los que los números de su cuenta sean rojos. Este balance negativo puede reflejar infinidad de realidades del ser humano. Una realidad social, económica y por supuesto laboral. Pero unas cuentas solventes pueden mostrarnos esas mismas realidades.

Será entonces que no es el color de los números de nuestras cuentas corrientes, sino el del saldo de nuestras acciones y compromisos, el que refleja lo que es realmente importante en la vida.

En alguna ocasión alguien dijo que el dinero no es ni bueno ni malo, sino lo que se hace o se deja de hacer con él lo que contiene cualidad moral.

Mentiríamos si dijéramos que el dinero no es necesario e importante pero, entre saber mantenernos de manera independiente, honrada, posicionándonos de una manera sana ante lo material o por el contrario mantener una postura esclava, oportunista y egoísta, está la clave para confiar en Dios, en nuestras opciones personales y en las de los demás.

Establecer un criterio que nos debe valer de igual forma estemos en el lado de la “ventanilla” en el que estemos, recordando que igualmente podemos dar como necesitar recibir.

Seguro que siendo fieles a la integridad, al respeto, a la igualdad...nuestros valores humanos cotizaran al alza.



Comunidad El Levantazo
Valencia

Dom
7 Nov

Homilía de XXXII Domingo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“El Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”

Introducción

El Dios de los cristianos no tiene nombre, pero sí que está ligado a muchos nombres a lo largo de la historia. En concreto está ligado a todos nuestros nombres, al nombre de todos los que vivieron, viven y vivirán, porque Dios no es un Dios de muertos sino de vivientes.

Dios da la vida como un regalo eterno. Su designio de que el hombre viva es para siempre y por ello estamos llamados a la vida eterna. Se juega su propia Gloria en ello. San Ireneo lo decía en un a frase magistral: “La gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios”. La vida eterna no es un estado estático, sino la culminación de la historia de amor a la que el hombre es llamado y ha la que ha de responder. Porque Dios nos ha creado por amor no puede dejar de amarnos, y esta es nuestra mayor esperanza; esta es nuestra mayor confianza.



Fr. Alejandro López Ribao O.P.
Convento San Vicente Ferrer (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Macabeos 7, 1-2. 9-14

En aquellos días, sucedió que arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la ley. Uno de ellos habló en nombre de los demás: «Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que quebrantar la ley de nuestros padres». El segundo, estando a punto de morir, dijo: «Tú, malvado, nos arrancas la vida presente; pero, cuando hayamos muerto por su ley, el Rey del universo nos resucitará para una vida eterna». Después se burlaron del tercero. Cuando le pidieron que sacara la lengua, lo hizo enseguida y presentó las manos con gran valor. Y habló dignamente: «Del Cielo las recibí y por sus leyes las desprecio; espero recobrarlas del mismo Dios». El rey y su corte se asombraron del valor con que el joven despreciaba los tormentos. Cuando murió este, torturaron de modo semejante al cuarto. Y, cuando estaba a punto de morir, dijo: «Vale la pena morir a manos de los hombres, cuando se tiene la esperanza de que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida».

Salmo

Salmo 16, 1. 5-6. 8b y 15 R. Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.

Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño. R/. Mis pies estuvieron firmes en tus caminos, y no vacilaron mis pasos. Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío; inclina el oído y escucha mis palabras. R/. Guárdame como a las niñas de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme. Yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Tesalonicenses 2, 16 – 3, 5

Hermanos: Que el mismo Señor nuestro, Jesucristo, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado y nos ha regalado un consuelo eterno y una esperanza dichosa, consuele vuestros corazones y os dé fuerza para toda clase de palabras y obras buenas. Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada, como lo fue entre vosotros, y para que nos veamos libres de la gente perversa y malvada, porque la fe no es de todos. El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librará del Maligno. En cuanto a vosotros, estamos seguros en el Señor de que ya cumplís y seguiréis cumpliendo todo lo que os hemos mandado. Que el Señor dirija vuestros corazones hacia el amor de Dios y la paciencia en Cristo.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 20, 27-38

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: “Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y de descendencia a su hermano . Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer». Jesús les dijo: «En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos».

Pautas para la homilía

Cristo: la Luz de las Escrituras

Lo primero que nos llama la atención en la lectura de hoy es que ambas partes utilizan la Escritura (en concreto la autoridad de Moisés ¡nada más y nada menos!) para avalar su discurso. Pero la utilizan de formas muy distintas. Los saduceos recurren a ella para encerrarla en la casuística, para llevarla hacia una idea preconcebida, violentándola para violentar a Jesús. Jesús recurre a ella para culminar su discurso, su verdad, mostrándonos todo su valor y profundidad. Unos se quedaron en la letra mientras que Cristo ilumina su fondo. Y decimos ciertamente iluminar porque Cristo sólo recurre a ella una vez ha proclamado su verdad: “ya no pueden morir porque son como ángeles y son hijos de Dios”. Esta lectura nos muestra el modo correcto y fructífero por el que el creyente debe adentrarse en la Escritura: desde la luz de Cristo Resucitado. Esto que puede parecer una obviedad a veces lo descuidamos y caemos nosotros también en una casuística vacía, llenando nuestro discurso de citas bíblicas sin percibir el sentido profundo que en ella se nos manifiesta: un Dios que no sabe más que amar.

La tensión de la vida cristiana: morir para vivir en plenitud

Esta semana la liturgia de la Iglesia nos ha ido adentrando en el sentido de la muerte, pero la muerte en cristiano. El pasado lunes celebramos la fiesta de Todos los Santos, el martes la de los Fieles Difuntos y en las lecturas de este Domingo se nos menciona a 15 difuntos (los siete hermanos judíos mártires, los siete maridos y finalmente la mujer). Todo esto no apunta ni al oscurantismo ni al nihilismo sino a la Esperanza. Este es el tema de la segunda lectura, es el mayor bien que Pablo predica a su comunidad más fiel. La muerte de los hermanos judíos no es un episodio de fanatismo sino un acto en donde se vislumbra el sentido de su vida. La vida es el criterio que marca la verdad del camino cristiano, la vida es la apuesta constante de Cristo, pero la vida en plenitud. Y aquí llega la tensión de la vida cristiana: vivir no es sobrevivir sino amar. Dios da la vida al hombre porque le ama y el hombre es capaz de confiar, de tener esperanza en Dios, porque confía en su amor. La vida eterna de la que hablan insistentemente las lecturas de hoy no es un premio ni un beneficio sino un acto de amor. No es casual que se hable de ella poniéndola en relación con la muerte del hombre, porque es en ese momento cuando el hombre más ha de confiar en el amor de Dios y donde Dios es más amante al vivificarnos para gozar siempre de su amor.

Pero esto sólo puede ser comprendido si vivimos en tensión, si esperamos algo más, si nos inquietamos para ser cada día más hombres de verdad y así cada vez más divinos. Los saduceos no creen en la Resurrección, no sólo por motivos teológicos, sino porque ellos no necesitaban de ella. Su vida confortable como aristocracia social y espiritual de su pueblo no les debería hacer anhelar más vida que la que tenían, y que esta fuera duradera. El verdadero cristiano es el hombre de la Esperanza que sabe que cada día ha de vaciarse un poco para cada día llenarse más del amor de Dios y así poco a poco degustar la vida eterna.

El Evangelio no es una ideología, es una Buena Noticia

El hecho de que el Evangelio tenga la forma de una “discusión académica” no nos ha de llevar a verlo como tal. No es un enfrentamiento de ideas, es el desafío entre una ideología y un mensaje de vida para el hombre. No podemos decir que los saduceos no creían en la Resurrección y que Jesús se lo refuta utilizando sus mismas armas. Jesús no es un sofista sino el Hijo de Dios y el modelo de humanidad. Con ello confesamos que su Palabra es Luz para nuestra vida, y más que nunca este domingo. Cristo nos anuncia un Dios de la vida, que cuida de ella y que las preservara. Y todo ello por una sola razón, la mera gratuidad de su amor. Lo más importante, la vida en plenitud, es lo más gratuito, y no sólo porque no tendríamos como pagarlo, sino porque sólo un Dios así supera toda ideología y discurso y es capaz de tocar nuestro corazón. Cristo es luz y vehículo del amor de Dios, y ante ello, ante el resplandor de una verdad tan profunda los saduceos tuvieron que enmudecer.

En mi vida ¿soy saduceo o cristiano?

Tras un Evangelio como el de hoy, el interpelarnos sobre nuestra vivencia de la fe es una necesidad. ¡Cuántas veces somos unos pequeños saduceos al acercarnos a la Escritura para quedarnos en la letra, para dedicarnos a la casuística y para levantarla como autoridad para nuestra ideología! Podemos decir que eso es inevitable, que somos humanos. Pero precisamente por ser humanos estamos llamados a mucho más. Cristo, nuestro Maestro en esto de ser cada vez más verdaderos hombres, nos está hablando de un Dios que escribe con letras llenas de ternura, que rompe toda casuística a favor de la vida y la persona y que sólo conoce la convicción del amor. Por ello los cristianos tenemos que vivir en el mundo mostrando esta verdad. Cristiano es el que comparte la exclamación del salmo responsorial: "¡Señor, al despertar, me saciaré de tu presencia!" sabiendo que esto no es sólo un privilegio para el más allá, sino una maravillosa cotidianidad gratuita que nos ha de llenar el alma y los labios. Guiar nuestra vida por la casuística es conducirla por el control, cerrazón y falta de confianza en Dios. Dios no es necesario para mí si lo único que me puede ofrecer es más vida como esta tras mi muerte. Pero Dios sí que es irrenunciable en mi vida si lo que me ofrece es una trascendencia llena de sentido y un amor incondicional ahora y siempre. Ése es el único Dios digno del hombre, y un hombre que le ame ahora y siempre es el único hombre "digno" de Dios.



Fr. Alejandro López Ribao O.P.
Convento San Vicente Ferrer (Valencia)

Evangelio para niños

XXXII Domingo del tiempo ordinario - 7 de noviembre de 2010



La resurrección de los muertos

Lucas 20, 27-38

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: - Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, cásese con la viuda y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete heramnos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella. Jesús les contestó: - En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahan, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos.

Explicación

Ante un grupo de saduceos que niegan la resurrección de los muertos, Jesús defendió la resurrección y la vida después de la muerte. Y lo hizo convencido de que su Padre Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Y vivas, junto a Dios, están todas las personas que amaron y con su amor dieron vida a los demás. A Jesús siempre le interesa la vida. La de ahora y la de después.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

1º.- Sabes lo que es una adivinanza, ¿verdad? Es un acertijo de palabras, una pregunta que te hace pensar. En ocasiones son divertidas. Las adivinanzas han existido desde el tiempo de Jesús. Quizás desde antes. Hoy vamos a escuchar una.

2º.- Un día se le acercó a Jesús un grupo de saduceos, líderes religiosos que no creían en la resurrección. Ellos intentaban que Jesús dijera que no existía la resurrección. Le pidieron que contestara la siguiente adivinanza diciendo:

1º.- "Maestro, Moisés nos enseñó en sus escritos que si un hombre muere y deja a la viuda sin hijos, el hermano de ese hombre tiene que casarse con la viuda para que su hermano tenga descendencia. Pues bien, había siete hermanos. El primero se casó y murió sin dejar hijos. Entonces el segundo y el tercero se casaron con ella, y así sucesivamente murieron los siete sin dejar hijos. Por último, murió también la mujer. Ahora bien, en la resurrección, ¿de quién será esposa esta mujer, ya que los siete estuvieron casados con ella?

2º.- El grupo de Saduceos se frotaba las manos de satisfacción. Y le decían a Jesús que les contestase: A ver, responde, responde ... Escuchad la contestación de Jesús:

1º.- "El matrimonio es para las personas aquí en la tierra. Pero cuando llegue el momento, aquellos que resuciten no estarán casados ni se casarán, ni tampoco podrán morir, pues serán como los ángeles. Vivirán por siempre porque son hijos de Dios."

2º.- Jesús añadió:

1º.- "Moisés mismo nos da a entender que los muertos resucitan, pues llama al Señor "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". Él no es Dios de muertos, sino de vivos.

2.- Después que Jesús sabiamente contestó su adivinanza, nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Tú y yo sabemos que Jesús nos prometió que si le amamos y confiamos en Él viviremos para siempre con Él. ¿No crees que es triste que haya personas que no creen en la resurrección y que hay vida eterna en el cielo?

Amado Padre, estamos felices hoy porque nos has prometido una vida eterna en el cielo.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández